

silvania. Con esto quedó sellada la paz interior en aquel país después de una lucha de nueve años, paz que no volvió a turbarse en cerca de siglo y medio. Rakoczy se convenció de que su causa estaba perdida sin esperanza, y se trasladó a Francia con los pocos amigos que no habían querido abandonarle.

Contra tan grandes resultados como eran los obtenidos en Bélgica y Hungría, poco importó que el bizarro Guido Starhemberg con sus fuerzas insignificantes, embarazado además por la constante y terca oposición del general inglés Stanhope, hubiese hecho poquísimos progresos en España, y que el elector de Hanover, triste general de un ejército mas triste todavía, no hubiera sabido proteger siquiera las comarcas alemanas fronterizas a la Francia contra los saqueos de las mermadas tropas francesas que allí habían quedado. Habría sido mejor que se hubiese seguido el consejo de Marlborough de subir por el valle del Mosela y tomar a Metz, con lo cual habría quedado abierto y despejado el camino hasta París. En la situación en que estaban las cosas podía calcularse con seguridad el tiempo que se necesitaría para apoderarse de la última fortaleza que en el Norte cerraba el camino de la capital de Francia, donde un Federico II y un Napoleón I habrían estado ya desde mucho tiempo, después de victorias como las de Ramillies, Oudenarde y Malplaquet. En efecto Luis XIV se creía perdido y no contaba ya con hacer resistencia. Era tan grande su penuria que ni los proveedores de la real casa querían fiarle ya sus géneros. La tropa ni siquiera recibía con regularidad su ración de pan, y cuando la recibía era de avena, de calidad tan mala que muchas veces ni el hambre podía obligar a comerla. Los intendentes de las provincias fronterizas tuvieron que organizar verdaderos saqueos entre los habitantes para procurar abrigo, ropa, caballos y carros a la tropa, pues que el gobierno no tenía medios de proporcionárselos. Amenazaba una bancarota no solo del gobierno, sino de la nación, del pueblo francés. Fenelon, seguro del apoyo del duque de Borgoña, pudo tomarse la libertad de dirigir al monarca tres memorias en las cuales le instaba a hacer inmediatamente la paz para salvar el reino, del cual no era propietario sino solamente usufructuario. Aconsejábale que aunque fuese a la fuerza, obligase a Felipe V a abdicar la corona de España; y aun si fuese necesario ceder a los enemigos algunas fortalezas francesas, opinaba que deberían serles cedidas.

El jefe del partido de los «Santos» daba estos consejos porque se habían reanudado a la sazón las negociaciones de paz, aunque sin perjuicio de las operaciones militares, en el palacio holandés de Gertruidenberg desde el mes de marzo de 1710, entre los plenipotenciarios holandeses Buys y Vander Dussen y los franceses que eran el anciano mariscal De Huxelles y el abate De Polignac, diplomático diestro, enérgico, activo y sin escrúpulos. Luis XIV estaba ya dispuesto y resuelto a hacer el sacrificio de toda la monarquía y herencia españolas; a conceder a la Holanda una «barrera» a expensas de la Francia, consistente en las plazas, importantes en concepto militar y mercantil, de Valenciennes, Douai y Cassel; y a demoler las fortificaciones de Dunquerque y de todas las plazas fuertes de Alsacia. El único mal era que esta vez no querían la paz los hombres de Estado de la parte contraria y solo seguían las negociaciones por mero simulacro, porque creían la situación de la Francia tan desesperada, que continuando la guerra la obligarían a reducirse a las fronteras fijadas en la paz de Westfalia, es decir, a retroceder a la situación que tenía mas de siglo y medio antes. Con tales intenciones pusieron a los plenipotenciarios franceses la condición, imposible por lo humillante, de que el mismo gobierno francés se encargara de arrojar

de España al nieto de Luis XIV. El pretexto de esta exigencia era que obstinándose Felipe V en no retirarse y estando por él los españoles, era de temer que Luis XIV a pesar de todas sus promesas auxiliares a su nieto ocultamente. Para matar estos escrúpulos declaróse dispuesto el monarca francés a dar todas las seguridades imaginables, aunque fuese la entrega temporal de algunas fortalezas como garantía.

No podían exigir mas los aliados, porque asegurados de esta manera respecto de Luis XIV, ¿cómo hubiera podido Felipe V resistir a las fuerzas unidas de la gran alianza cuando a la sazón apenas podía contener a los regimientos incompletos de Starhemberg, Stanhope y portugueses? Esta vez, sin embargo, la sed de venganza y la soberbia impulsaban a los aliados a exigir una cosa que para Luis XIV habría sido un baldon inaguantable; ni habrá nadie que no apruebe su resolución de no humillarse hasta el grado de separar con sus propias armas a los que él mismo había unido, es decir, a la nación española y a su nieto Felipe V. Para hacer todo lo que humanamente era posible, llegó hasta ofrecer a los aliados un subsidio de doce millones de libras para que ellos en su lugar se encargaran de expulsar a su nieto de España, a fin de que viesen que solo quería evitarse la inextinguible afrenta de hacer luchar a soldados franceses contra un príncipe Borbon, su nieto y protegido. Llegó por último al extremo de prometer, si se le ahorra semejante afrenta, que restituiría a la casa de Austria toda la Alsacia.

Los aliados siguieron inexorables, y en 13 de julio firmaron un ultimatum en el cual exigieron de Luis en los términos mas duros que echara de España a su nieto en el plazo de dos meses, y para decidirse fijaron otro de quince días.

Esto era ya demasiado, y Luis XIV hizo regresar a su embajador. Los aliados perdieron la ocasión de imponer a la Francia una paz bajo condiciones que jamás, en ninguna época, se habían obtenido de esta nación, la cual había recibido así un escarmiento y castigo tan duros como hasta una época reciente no se habían visto otros iguales, excediendo seguramente de las esperanzas mas atrevidas que los aliados hasta entonces podían haber alimentado. Por desgracia cegó a los aliados la soberbia mas bárbara, una soberbia como Luis XIV no la había tenido en sus tiempos mas gloriosos. Estaba dispuesto Luis a hacer los mas dolorosos sacrificios, quería declararse completamente vencido, pero quería al mismo tiempo sucumbir con dignidad y no arrastrarse por el lodo; no quería envilecerse, y tenía razón.

Los dictadores de Gertruidenberg no habían contado con los recursos inagotables del suelo y del carácter francés, con el patriotismo tan grande de esta nación, y sobre todo no habían contado con la Nemesi inescrutable que tan a las claras patentizaba su inexorable poder en el mismo rey Luis y en la Francia.

Por lo pronto los sucesos de la campaña de 1710 fueron favorables a las exigencias de la coalición. Habían determinado Eugenio y Marlborough permanecer a orillas del Rin a la defensiva; que el duque de Saboya se echara sobre el Mediodía de Francia, que Carlos III por Levante y los portugueses por el lado de Poniente combinaran sus movimientos para estrechar a los defensores de Felipe V, y acabar con su dominio en España; que por el lado de Bélgica se tomaran las últimas fortalezas que cerraban el camino de París, y que simultáneamente se desembarcasen tropas aliadas en las costas del Mediodía y Noroeste de Francia para llevar a estas comarcas todos los horrores de la guerra. Claro está que si todo esto se hubiese ejecutado al pie de la letra, habría sido completa la humillación de Luis XIV.

Eugenio y Marlborough no se durmieron; en abril estaban

Para comprender cómo pudo ser esto, hemos de echar una mirada al estado interior de Inglaterra en el reinado de la reina Ana.

CAPITULO V

SALVACION DE LUIS XIV: LA PAZ DE UTRECHT

El reinado de la reina Ana se ha conquistado en la historia de Inglaterra un puesto permanente y glorioso, tanto por las brillantes victorias que alcanzaron las armas inglesas en los campos de batalla, como por el esplendor de sus letras. Este período corto aparece en la historia de la Gran Bretaña como una repetición de la época de Augusto. «¡Epoca sublime! exclama un historiador inglés moderno, que pudo unir las victorias de un Marlborough y las investigaciones de un Newton; la elocuencia parlamentaria de un Bolingbroke, y la sagrada de un Atterbury con los escritos en prosa y en verso de Swift, Addison, Pope y Prior!» En efecto, había entrado el genio inglés en una vía brillante. La consolidación definitiva de su libertad política a fines del siglo XVII, las victorias gloriosas de sus armas en las batallas del continente, la prosperidad material, el bienestar y la vida robusta de las clases medias, tan florecientes, el carácter moderado de sus aspiraciones políticas, los grandes descubrimientos en el campo de las ciencias naturales, la filosofía despejada, clara, basada en el raciocinio experimental de Locke, elevaron los ánimos a nuevas esferas del pensamiento humano, desconocidas hasta entonces, y produjeron opimos frutos en todas las manifestaciones de la inteligencia.

Sucedió en Inglaterra en la época de la reina Ana lo que había sucedido en Roma en el siglo de Augusto: la pasión y el amor a la literatura, el entusiasmo por las grandes concepciones, el respeto y veneración hacia los grandes genios, hacia los literatos y poetas eminentes, se apoderaron de todas las clases de la sociedad; el autor de obras celebradas tenía entrada en todos los círculos; las puertas de los palacios y los brazos de los hombres mas eminentes y mas encumbrados del reino estaban abiertos para él y trataba con ellos de igual a igual. El conde de Oxford, primer ministro del reino, y el vizconde de Bolingbroke, ministro de negocios extranjeros, se cartearan con Prior y Swift, dándose en su correspondencia los nombres mas cariñosos y no llamándose mas que por los nombres abreviados usados en la mayor intimidad. Los primeros personajes del Estado tenían a grandísima honra y solicitaban ser presentados a estos y otros poetas y sabios célebres.

De esta manera formóse una nueva sociedad, la mas amable y mas inteligente que se ha visto, compuesta de elementos tan felizmente combinados, que no la igualó ni con mucho la de París en el último tercio del siglo XVIII, porque esta sociedad inglesa estaba sedienta de ilustración verdadera, de sabiduría y de verdad, y muy distante del cinismo material de los enciclopedistas franceses.

Las ideas filosófico-religiosas eran hijas por una parte del sistema ultra-lógico y práctico de Locke y por otra del de Espinosa.

Aunque los filósofos ingleses no fueron tan lejos como este último, sacaron de él, como de un arsenal, sus armas mas afiladas contra la doctrina de la inspiración divina, de los milagros y de las profecías. Locke y Espinosa dieron origen a la escuela *deista* inglesa que quería basar la verdad únicamente sobre el raciocinio, y que enseñaba la existencia de una divinidad, personal, ciertamente, é independiente de la creación, pero de una manera tan omnipresente é indefinible, que venía a acercarse muchísimo a la idea panteísta. Abrió

ya en campaña; tomaron a Mortagnes y se pusieron delante de Douai, que estaba defendida por 8,000 hombres dirigidos por los mejores generales y oficiales de artillería é ingenieros franceses. Villars no se atrevió a socorrer seriamente la plaza que hubo de rendirse a fines de junio. Arras a donde querían dirigirse los aliados estaba defendida por líneas bien fortificadas, que ocupaba Villars con sus tropas; y en vista de ello tomaron las tres fortalezas menores de Bethune, Aire y Saint Venant.

Al propio tiempo el estado de la campaña en España daba esperanzas de que no pasaría el año sin que se hubiese arrojado de allí al rey Borbon, con lo cual habría quedado en efecto eliminado el obstáculo mayor para llegar a una paz general. Luis XIV, a fin de demostrar a los aliados la sinceridad de sus proposiciones, había retirado sus tropas de la península ibérica, y solo había prometido a su nieto, después de oponer toda clase de dificultades, levantar el destierro de Vandoma y permitirle tomar un mando superior en España, donde fuera de esto quedaba Felipe V limitado a sus recursos propios, de modo que él mismo capacitaba sus tropas y marchaba al encuentro de sus enemigos que acababan de recibir de Inglaterra é Italia refuerzos bastante regulares (1); Starhemberg y Stanhope en cuya compañía iba el presunto rey Carlos III se dirigieron con su abigarrado ejército contra el de Felipe, al cual vencieron en julio de 1710 cerca de Almenara a orillas del río Segre. Luchando con el hambre, el calor y la sed marcharon las fuerzas de los aliados sobre la capital de Aragón y en vano se adelantó Felipe V a protegerla con sus fuerzas. Los dos ejércitos se encontraron y trabaron batalla el 20 de agosto, pero los regimientos bisoños del Borbon a los primeros tiros apelaron a la fuga y la derrota fué tan completa que el ejército de Felipe perdió todas las banderas, toda la artillería y 9,000 soldados entre muertos, heridos y prisioneros, pudiendo hacer el mismo día el pretendiente austriaco su entrada triunfal en Zaragoza, donde restableció todos los fueros de Cataluña, Valencia y de todos los países que constituían la Corona de Aragón, con lo cual ganó el afecto permanente de estos pueblos.

Felipe V con su ejército reducido a 9,000 hombres desalentados corrió a Madrid donde le recibió la población con los gritos de «¡Viva el rey Felipe V! ¡Mueran los traidores!» pero esto no le dió soldados para resistir a las fuerzas aliadas que contra la opinión prudente de Starhemberg fueron dirigidas a toda prisa sobre Madrid por el impaciente é impetuoso Stanhope, digno sucesor en esto de Peterborough. Felipe, al saberlo, retrocedió hasta Valladolid adonde le siguieron todos los altos empleados, los nobles y las personas pudientes de la clase media. Los aliados atravesaron la Castilla donde en todas partes reinaban la soledad y el silencio. En setiembre entró Carlos en Madrid, siendo recibido glacialmente, de suerte que exclamó contrariado: «¡Esta ciudad es un desierto!» y se alojó en una quinta de las cercanías. Sin embargo, si podía llejar el ejército portugués y reunirse con las fuerzas de Starhemberg y Stanhope la España estaba ganada para los aliados; y como no había ejército alguno entre la capital y la frontera portuguesa, no debía dudarse que esta reunión se efectuaría, y entonces ambos ejércitos unidos abrumarían sin dificultad a los pocos soldados de Felipe.

No sucedió así. En aquellos momentos tan críticos estaba ya salvada la Francia y su protegido Felipe V.

(1) Ya antes de esto Felipe V se había puesto al frente de las tropas, primero en su entrada en Portugal y después en la batalla de Almansa. (N. del T.)

este camino Juan Toland por el año 1700 con su libro: «El cristianismo sin misterios», en el cual sigue enteramente las huellas de Locke procurando expurgar la religion de Cristo de todos sus accesorios y añadiduras gentílicas, como misterios, milagros y ceremonias. Esta obra produjo un efecto extraordinario hasta fuera de Inglaterra; pero cuando el autor se hizo despues materialista, perdió toda su importancia personal, sin que por esto se perdiera su doctrina filosófica racionalista que defendieron luego Collins, Lyons y otros muchos. El conde de Shaftesbury, genio sutil y elegante, quedó tan cautivado de esta escuela, que rehusó todo empleo del gobierno solo para poderse dedicar en cuerpo y alma á la nueva idea. Ensalzó en sus escritos, y en lenguaje y estilo bellísimos y artísticos, la moral como fruto de la estética, y en su *Rapsodia* la idea de Dios basada sobre el ideal de la mente humana por el método moderno subjetivo, pero que recuerda mucho la manera de Platon. Para Shaftesbury la indole de la divinidad, su esencia, es la ley clara, precisa, armoniosa de la unidad que domina toda la naturaleza, la vida y el arte, que constituye la moral verdadera; la virtud es la belleza moral, la armonía de todas las manifestaciones de la vida, que lleva en sí su perfeccion y su recompensa; el vicio es la fuerza que quita á nuestro interior el equilibrio que forma su dicha; pero todos los males y discordancias se compensan y se anulan en la naturaleza mirada en su conjunto, para producir la eterna armonía y concordancia que penetra y domina al mundo. Al lado de este Shaftesbury, sabio verdadero de la raza de los Sócrates, se presentó en aquella época Bolingbroke, el hombre de estado brillante, de gran experiencia, pero falto de principios fijos, que añadió la libertad de amor y de afecto al pensamiento libre, que socavó los cimientos de la fe con el agudísimo azadon de la sátira mordaz. Convino en que hay una divinidad y en que su existencia está probada por el orden armónico que rige el mundo, y porque la idea de un sér ó fuerza divina concuerda con la razon; pero esto era segun él todo cuanto podia decirse sobre la divinidad y la esencia de la creacion; lo cual no obstaba segun él para que cada país tuviera por motivos de utilidad práctica una religion del Estado exclusiva. Bolingbroke fué un deista tory.

Al principio encontró esta corriente deista la resistencia y enemistad mas violentas entre la gente adicta á la Iglesia; pero en las clases ilustradas hizo cada día mas adeptos y obtuvo mas aplausos, declarándose en el público un interés general por las cuestiones y luchas provocadas por las investigaciones intelectuales y científicas. Tan general fué esta corriente, que hasta los políticos, y aun los autores mas eminentes, tomaron la costumbre de apelar al público como juez supremo aun en cuestiones de gobierno y de administracion, que le sometian en forma de folletos y otros escritos de polémica.

El carácter fundamental de toda la literatura inglesa de esta época es un raciocinio práctico mas que poético ó fantástico; de modo que el poeta mas célebre, Alejandro Pope, jóven todavía entonces, ha sido llamado con mucha razon: «el príncipe de la rima y el gran poeta de la razon.» Sus obras, discretas, agudas y acertadas, presentan á la vez una perfeccion de versificación que deja á gran distancia hasta el arte tan grande de Dryden; y aun hoy forman las rimas robustas y melódicas de Pope el orgullo de la nacion inglesa. Los mismos franceses, tan difíciles y exigentes en este punto, las comparan con el sonido armonioso de la flauta. El contenido es en cambio por demás enjuto y práctico, sin calor poético, sin nada que conmueva, ensanche ó eleve el corazon. En una de sus poesías titulada: «El hombre,» presenta el pensamiento de Shaftesbury puesto en verso. En general Pope era partidario del deísmo.

Este carácter práctico del genio inglés se manifestó tambien en el reinado de Ana en los demás ramos de la literatura, como en el drama moralizador, en los semanarios instructivos y en la novela, ya instructiva ya satírica, consecuencia de las costumbres severas que desde la restauracion dominaban por fortuna en la gran clase media. Las tragedias sentimentales y moralizadoras de Southern, Congreve y Rowe, apenas merecen ser calificadas de obras del arte dramática, pues en realidad no son mas que fábulas morales dramatizadas, destinadas á flagelar el vicio, á enaltecer la virtud con su correspondiente moraleja práctica al final, pero encerradas rigurosamente en el círculo de las famosas tres unidades aristotélicas. El jefe y guia de todo este ejército moralizador fué Addison, que aunque pretendió en su drama *Caton* sobresalir entre los otros, no produjo en esta obra mas que una de tantas tragedias morales de su tiempo, á pesar de ir engalanada de retórica francesa. Con todo arrancó esta pieza grandes aplausos, debidos en el fondo á la prodigalidad con que el autor la habia sabido llenar de alusiones políticas.

Addison fué bastante práctico para aprovechar la afición general á la lectura publicando un semanario literario, moral é instructivo que encontró grandísima aceptación; llamábase el *Tatler* (1), y despues publicó el *Espectador* que tuvo docenas de millares de suscritores y fué leído con grandísima afición. En este periódico y siguiendo la forma novelesca condujo el autor á sus lectores al través de todas las situaciones de la vida inglesa en todas las clases de la sociedad; pinta todos los sentimientos que mueven al hombre; introduce en el público popularizándola la filosofía; castiga y satiriza los excesos de la moda; presenta cuestiones prácticas de psicología, é intercala fábulas, leyendas y anécdotas interesantes y agradables, todo en un estilo vivo, animado, variado, atractivo y lleno de sentimiento verdadero. Inútil es decir que este periódico tuvo muchas imitaciones, que como su modelo prestaron inmensos servicios á la propagacion de una ilustracion sólida y moral, y elevaron al pueblo inglés á una esfera pura donde no encontró ya sitio la crápula que tan descaradamente se presenta en las obras poéticas de la restauracion.

A estos periódicos ó semanarios correspondia la novela instructiva y satírica. De la primera clase tenemos en el *Robinson Crusoe*, escrito por Daniel Defoe, un modelo que hasta nuestros días no tiene rival. El autor era lo que llaman en Inglaterra un *dissenter* (disidente), que no estaba conforme con la religion del Estado, la Iglesia anglicana, y como tal abogó en escritos atrevidos y apasionados por la igualdad de todas las creencias religiosas ante la ley; lo que le valió toda clase de persecuciones, multas, prision y hasta exposicion á la pública vergüenza. Publicó tambien un periódico whig muy leído, en el cual dió muestras de poseer ideas y conocimientos sorprendentes en materia de gobierno nacional. La política y la literatura eran dos compañeras inseparables en la vida tan exuberante, vigorosa y animada de la Inglaterra de entonces. El fondo de la historia de Robinson Crusoe no es ninguna ficcion, porque el héroe era un marinero escocés llamado Alejandro Selkirk, cuyas aventuras supo Defoe adornar de detalles con un arte psicológico y una fantasía incomparables. De sentir es que esta obra magistral haya venido á ser en imitaciones, arreglos y traducciones torpes una obra de lectura puramente para niños. El maestro de la novela satírica fué Jonatan Swift á quien el destino llevó por esta senda, porque dotado de todas las cualidades para ser un gran estadista, y de las in-

(1) El «hablador.»

clinaciones de un hombre desociedad, la pobreza de su familia le obligó á dedicarse á la carrera eclesiástica. ¿Debemos condenar á este hombre si la repugnancia y el odio á su estado forzado, unidos á un temperamento irascible y apasionado, le impulsaron á romper con la decencia y el decoro, haciéndole satírico, áspero y á menudo injusto? Era Swift un náufrago de la humanidad que finalmente acabó por perder tambien la honradez y el pundonor. En política desde el partido whig mas extremado se pasó al partido tory, y en ambos campos escribió folletos chispeantes de talento, sagacidad y malicia. La piedra de toque de la excelencia de una obra satírica es el conservar su atractivo para el público aun en tiempos posteriores cuando le falta el aliciente de las alusiones y relaciones personales relativas á la época en la cual y para la cual fué escrito. Este mérito tiene la obra de Swift *Viajes del capitán Gulliver*, en que ridiculiza muchas circunstancias de su país y de toda la Europa en estilo seductor, con las galas de su imaginacion poética, y con una naturalidad capaz de engañar al lector mas sagaz. Hoy todavia los *Viajes de Gulliver* son una obra popular en todos los países civilizados, como el *Robinson Crusoe*.

Entonces por primera vez desde el tiempo de Shakspeare y Johnson tuvo la Inglaterra una literatura independiente y creadora, de valor permanente y universal, prueba evidente del desarrollo poderoso de un gran pueblo, que fomentando con energía su prosperidad material, no olvida ensanchar y consolidar su libertad interior, y tiene el firme propósito de cumplir la mision gloriosa y bienhechora que le corresponde en Europa. Entonces la nacion inglesa no consideraba el colmo de la sabiduría encerrarse en el estrecho radio de su patria, no pensando mas que en sus libras esterlinas y acaso un tanto en sus colonias lejanas, sino que sentia en su pecho la necesidad de ocupar en los destinos de Europa la posicion importante y hacer uso de la autoridad decisiva que le correspondian tanto en el campo diplomático como en el de las armas en favor de la independencia de los pueblos y de la libertad religiosa. Por este camino ha alcanzado la Inglaterra su poder, su riqueza y su influencia.

El mal estaba en que la reina Ana era mujer poco á propósito para ir á la cabeza de una generacion que tenia estas aspiraciones. Contaba 37 años cuando subió al trono; tenia agradable exterior, buena figura, corpulenta, rasgos varoniles y estaba dotada hasta cierto grado de elocuencia. Huérfana de madre cuando niña, habia sido educada lejos de su padre que se habia hecho católico y vuelto á casar, teniendo por maestro al obispo anglicano de Londres que á falta de otros ramos de instruccion, le inculcó una profunda repugnancia á la religion de su padre. Su esposo, el príncipe Jorge de Dinamarca, era conocido por su simpleza, de modo que por este lado no podia aumentar la entonces princesa Ana sus defectuosos conocimientos. Tuvo muchos hijos, pero todos murieron pequeños, y las únicas ocupaciones suyas eran el juego de los naipes, la charla insulsa mujeril y las prácticas religiosas del culto anglicano. Todo esfuerzo mental le era odioso, por manera que todas sus ideas se movian dentro de un angosto círculo; era lenta y torpe en formar juicios, y carecia de toda independencia de carácter, por cuya razon era timorata para publicar sus opiniones y sentimientos que ocultó años y años sin comunicarlos á nadie pero conservándolos intactos y con tanta tenacidad que parecian hipocresía y falacia cuando de repente alguna circunstancia provocaba su manifestacion. Teniendo tan poca confianza en sí misma, tampoco se fiaba de otros, y la conciencia de su debilidad y poco valer personal la hacia en extremo celosa de todas las exterioridades correspondientes á su categoria y dignidad. Su indole vacilante é insegura la impulsó á apo-

yarse en una persona mas vigorosa y mas decidida que ella, y la encontró en su camarera mayor, aquella Sarah Jennings despues duquesa de Marlborough. No tardó en sentir por esta mujer, cuyo único sentimiento y móvil era la ambicion, una amistad ardiente y entusiasta. La duquesa á quien no cegaba la amistad, sabia muy bien que Ana no podia pasarse sin un apoyo intelectual fuerte que la auxiliara y la guiara en sus resoluciones. Mas de veinte años dejóse en efecto dirigir ciegamente por la duquesa y su esposo, y lo habria hecho hasta su muerte si la duquesa hubiese sabido detenerse en los límites de la régia categoria y conservado á su soberana las debidas atenciones y sumision exteriores aunque solo hubiese sido en apariencia; pero este era el lado débil de la duquesa, cuyo orgullo, al verse árbitra del poder supremo de la nacion, la llevó mas lejos de lo que la prudencia aconsejaba; y aunque la reina en su apocamiento no tuvo valor para decirlo, se sintió agraviada por el comportamiento y aires de ama de su amiga, y lenta pero irremisiblemente se fué enfriando la amistad que le profesaba. En vano aconsejó Marlborough á su esposa que se dominara y cambiara de rumbo so pena de perderlo todo; de nada sirvió el consejo.

A este motivo personal de alejamiento se juntaron otros generales. La reina odiaba francamente al catolicismo, y se habia declarado decididamente contra la política de su padre Jacobo II; era adepta celosa del partido ortodoxo de la Iglesia anglicana, pero todo esto sin perjuicio de alimentar la esperanza muy natural, de asegurar la sucesion en el trono á su hermano de madre, el pretendiente Jacobo III. En una palabra, la reina Ana, aunque protestante acérrima en religion, era jacobita, ó cuando menos ultra tory en política. Pues bien, Marlborough y su amigo de confianza Godolphin primer lord de la tesorería ó sea primer ministro, habian sido antes tambien tories, pero paso á paso se habian pasado al partido whig, ya porque la duquesa pertenecía á él, ya porque, y esto debió de ser el motivo principal, las circunstancias los empujaron á ello.

Al subir al trono habia nombrado Ana un ministerio de personas rigurosamente tories, pero tan notoriamente incapaces, que Marlborough y Godolphin eran los que en realidad dirigian los negocios públicos. Godolphin era para Marlborough y para el partido de la guerra un aliado poderosísimo; era además laborioso, nada superficial, frio y prudente en sus juicios, administrador acertadísimo y sincero, leal y fiel á toda prueba, aunque obstinado, adusto y hosco. Bajo la direccion hábil é inteligente de estos dos personajes, y gracias á la disposicion general de los ánimos, la mayoría tory del parlamento habia votado la guerra con tanto celo como los mismos whigs; sin perjuicio no obstante de que los tories á todo trance y los partidarios de la Iglesia alta ó ultra ortodoxa deseaban por una parte fijar un limite á la alianza con el pueblo holandés calvinista, y por otra entrar en negociaciones con el pretendiente Estuardo Jacobo III sobre su sucesion en el trono á la muerte de Ana. Esta tendencia era completamente opuesta á la de Marlborough, que ya por su interés personal, ya por el nacional, porque ambos se confundian, era partidario decidido de la guerra y con ella de una política francamente protestante. La consecuencia inevitable de tamaña divergencia fué primero la aproximacion de los dos hombres de Estado al partido whig, el cual por otra parte estaba en mayoría en la cámara alta, y luego la salida de los tories extremados del ministerio en 1704. Estos fueron reemplazados por otros mas moderados, como por ejemplo Roberto Harley, gran personaje parlamentario, bien impuesto en leyes, diestro en las lides é intrigas del parlamento y utilitario sin escrúpulos; tanto que

el público le calificaba de *trickster*, que quiere decir hombre de tretas; y además Enrique Saint John, orador y escritor diestro y elegantísimo, carácter fogoso, brillante; pensador sereno, pero de costumbres disipadas y sin asomo de conciencia.

Las elecciones para el parlamento en el año 1705 dieron una mayoría whig bajo el impulso del creciente entusiasmo por la guerra; en cuya consecuencia fueron despedidos de la administración los últimos tories declarados, y puestos en su lugar whigs cuyas opiniones religiosas y políticas repugnaban en extremo á la reina, la cual se opuso con todas sus fuerzas pero sin éxito á este cambio del personal. El odio secreto de Ana se dirigió de los whigs á los hombres de Estado á quienes en su interior acusaba cada día mas de este cambio, á medida que la cámara de los lores y la de los diputados se pronunciaban mas clara y decididamente contra las tendencias jacobitas, y á medida que se veía mas impotente para resistir á la corriente general, porque contra la mayoría del parlamento no había resistencia posible.

El acto mas famoso y grande del nuevo ministerio aparte de la continuación enérgica de la guerra, fué el restablecimiento de la unión de Escocia á Inglaterra realizada por Cromwell y anulada por la restauración. La Escocia, reducida á mero apéndice de Inglaterra, que cada día crecía en pujanza, había marchado en sentido inverso, decayendo moral y materialmente. Tenía que contribuir á todas las cargas del Estado y estaba excluida de todas las ventajas como tratados mercantiles, comercio con las colonias, etc. Las reclamaciones que se suscitaban en los dos parlamentos escocés é inglés á favor de la Escocia fueron acalladas con dinero; pero esto no hacía mas que aumentar el odio fiero que llenaba los pechos de las clases bajas del pueblo escocés, presa de la mas espantosa miseria, contra sus vecinos meridionales tan egoístas y poderosos. Los whigs ingleses y escoceses trabajaban desde mucho tiempo con afán para acabar con un estado de cosas inaguantable, por medio de una unión ó fusión completa de los dos países en un solo Estado y un solo pueblo, á lo cual se oponían los tories con todas sus fuerzas, ya porque armonizaba con sus tendencias reaccionarias, ya porque en Escocia preponderaba el partido jacobita, con lo cual quedaba siempre la esperanza de introducir y cimentar allí otra vez la dinastía Estuarda. La vuelta de los Estuardos era imposible si el país se confundía en uno solo con la Inglaterra, mas populosa, mas liberal y mas rica. Mas esta resistencia tenaz hubo de ceder á las negociaciones y discusiones interminables del partido whig en ambos países, apoyado por tumultos callejeros y motines del pueblo. En 27 de enero de 1707 fué aceptado el proyecto de unión por el parlamento de Escocia, y elevado á ley por la sanción de la corona. Desde entonces confundieron en un solo reino los dos, á saber, en el reino de la Gran Bretaña dentro del cual no hay ya fronteras, ni preferencias, ni menos diferencias de nacionalidad; cada súbdito puede indiferentemente trasladarse y establecerse en cualquier punto de la patria común, regida por un solo soberano y un solo parlamento que se convino celebraría sus sesiones en Londres y al cual habían de enviar las ciudades y condados de Escocia 45 diputados para la cámara baja, y 16 representantes de los lores escoceses. La tributación fué modificada á favor de Escocia, que por lo demás conservó su código, jurisprudencia y administración de justicia, así como su Iglesia del Estado que era la presbiteriana.

Desde entonces data una nueva época del pueblo escocés, tan noblemente dotado por la naturaleza; pero por de pronto causó esta nueva victoria del partido whig un gran disgusto á la reina Ana, que como mujer, relacionaba todas las

cuestiones, hasta las nacionales y de gobierno, con su persona; y cuando Godolphin y la duquesa de Marlborough, cediendo á las reclamaciones de los whigs, le propusieron la entrada en el ministerio del conde de Sunderland, uno de los jefes mas principales de este partido, y además hombre fogoso, de extraordinarias dotes pero tan extremo, que rayaba ya en republicano, se negó la reina rotundamente á aceptarlo. Roberto Harley creyó con esto haber llegado el momento de realizar sus planes ambiciosos, y se puso á atizar la desavenencia entre sus colegas del ministerio; pero una vez mas logró Marlborough á su regreso de Bélgica, donde acababa de poner tan alto su fama de gran capitán, conciliarse la voluntad de la soberana y obtener de ella que nombrara á Sunderland ministro del interior. Ana le nombró contra su deseo y venciendo sus inclinaciones, y por esto jamás perdonó esta especie de humillación ni á Godolphin ni á Marlborough.

Desgraciadamente tenían estos cerca de la reina un enemigo peligroso cuya existencia no sospechaban. Era una señora jóven, de mucho talento, muy ambiciosa y amiga de intrigas, á quien la misma duquesa de Marlborough había introducido en la alta servidumbre de la reina, y que pronto conoció y supo halagar las debilidades de su soberana. Entendióse ocultamente con el ministro Harley del cual dijo un colega suyo que la naturaleza le había destinado á traidor infame; y se puso á trabajar activamente para perder á su bienhechora en el favor de la reina. Llamábase esta mujer Masham. El partido whig, poderoso todavía, tuvo sin embargo que reunir todas sus fuerzas é influencia para destruir las cábalas de la camarilla, y aun hubo de valerse del indigno recurso de amenazar á la reina con formar causa criminal ante el parlamento por malversación en el departamento de marina á su esposo, el príncipe Jorge de Dinamarca, cabalmente á la sazón peligrosamente enfermo y esto tan solo para lograr la destitución de Harley. Logróse en efecto en 1708, y con Harley salió del ministerio Saint John, el último tory que quedaba en el gobierno. Esta desgracia solo sirvió para aumentar el afecto que la reina les tenía, afecto que la señora Masham fomentó con solícita actividad, de suerte que la reina siguió despues como antes, influida por el liviano Harley, y mas irritada que nunca contra los whigs, á quienes la tendencia belicosa del pueblo sostenía en el poder, sin que ella pudiera impedirlo.

Al mismo tiempo el duque de Marlborough excitó contra sí la opinión pública en lugar de procurar la conservación de su apoyo. Empeñóse en ser nombrado capitán general de los ejércitos británicos por toda su vida y en que fuesen castigados rigurosamente los autores de algunos libelos de poca monta dirigidos contra su persona; cosas ambas que no logró; y finalmente enajenóse la voluntad de la nación con su insaciable codicia de riquezas. El público llegó ya á quejarse en alta voz de la guerra y de las grandes cargas que imponía, sin que se viera para el país una ventaja positiva y palpable, porque se habían triplicado las contribuciones y el presupuesto de ingresos subía á siete millones de libras esterlinas, suma que hoy día equivaldría á 440 millones de pesetas. El Estado tenía en 1710 una deuda pública de 50 millones de libras, y de los 22 años que habían pasado desde la revolución solo cuatro habían sido de paz; de suerte que no era de admirar que en el pueblo inglés se manifestara una reacción violenta contra esta política constante y costosísima de guerra y por consiguiente contra los whigs.

Semejante disposición causó una satisfacción vivísima á la reina que tanto odiaba á este partido. Marlborough fué tratado en la corte con hostilidad manifiesta; y su esposa, cuyo genio brusco y altivo tenía ya indignada á la reina, tuvo con

ella en abril del mismo año 1710 la última entrevista, en la cual la reina opuso una resistencia glacial á las exigencias impetuosas de la duquesa. Los whigs, al ver escaparse de sus manos la influencia que tenían, se apresuraron á hacer concesiones para recobrar la confianza régia, pero era tarde, porque la reina ya no hacía mas que lo que prescribía Harley. Sunderland fué destituido, y ocupó su puesto un tory declarado y enérgico, cuyos correligionarios trabajaron en todas partes para hacer firmar innumerables felicitaciones y ofrecimientos dirigidos á la reina. Con esto Ana cobró la energía necesaria para poner por obra los intentos que tanto tiempo había reprimido en su pecho, y en agosto de 1710 dió el gran golpe decisivo. Godolphin, el amigo mas íntimo y representante de Marlborough en Inglaterra, fué destituido, y tras él salieron los whigs del gabinete, nombrándose otro compuesto de tories puros, presidido por Harley que en seguida disolvió el parlamento.

Las nuevas elecciones dieron una mayoría de dos terceras partes de tories; y fuerte el poder con este apoyo, fué exonerada la duquesa de Marlborough de su cargo de camarera mayor; su esposo conservó el mando del ejército, pero perdió toda su influencia en la dirección de la cosa pública.

El nuevo ministerio tory tranquilizó á las potencias aliadas sobre la marcha política que se proponía, asegurándoles que estaba por la guerra lo mismo que el anterior; pero esto no era cierto: en realidad entabló negociaciones secretas de paz con el gabinete de Versalles, particularmente los dos ministros principales; Harley, nombrado conde de Oxford, y Saint John, ministro de negocios extranjeros, nombrado recientemente á su vez vizconde de Bolingbroke.

Este cambio tan fatal para los intereses de la gran alianza recibió todavía mayor importancia por algunos otros acontecimientos que forzosamente debían contribuir á precipitar la paz.

Cárlos III y las tropas aliadas habían quedado completamente aislados en la capital de España, mientras acudían de todas partes voluntarios al campamento de Felipe V cerca de Valladolid, y en tanto número que muy pronto compusieron un ejército de 25,000 hombres á cuya cabeza se puso el eminente general Vandoma. Al mismo tiempo penetró un ejército francés en Cataluña donde estaba el centro de la fuerza de Cárlos III, mientras por otro lado el ministerio tory suspendió el envío de los subsidios que estaba comprometido á pagar á Cárlos y á los portugueses; á consecuencia de lo cual estos últimos permanecieron inactivos, abandonando á Starhemberg y á Stanhope á su suerte. En tales circunstancias los dos generales deberían haber vuelto sin demora á la costa de Cataluña; pero Stanhope con su obstinación acostumbrada retardó la retirada hasta que ya no era tiempo. Vandoma que en esta campaña desplegó una actividad particular, aprovechó la separación de las tropas aliadas en tres columnas muy distantes entre sí para atacar la mandada por Stanhope en Brihuega en diciembre de 1710, y hacerla prisionera. Eran 6,000 ingleses (1). Starhemberg con el resto de las fuerzas, atacado á su vez por el general francés, se atrinchó en Villaviciosa donde rechazó victoriosamente todos los ataques (2), pero viendo que el enemigo le estaba cercan-

do completamente con fuerzas superiores, abandonó sus posiciones y se retiró. Un cambio tan súbito de situación produjo en toda España una impresión extraordinaria; el pueblo se burlaba en innumerables estribillos de Cárlos III, cuyo gobierno efímero se comparaba con el de Sancho Panza en la insula Barataria, diciendo que había querido gobernar la España apoyado en el hereje Stanhope con obispos protestantes anglicanos. Las fuerzas aragonesas que habían tomado las armas por Cárlos se dispersaron; y á este no le quedaban mas que Barcelona y dos ó tres fortalezas de Cataluña, cuando para colmo de desgracia, en 17 de abril de 1711 murió de viruelas el emperador José I, su hermano, á la edad de 32 años.

Fué esta muerte una pérdida gravísima para la coalición, porque el difunto se había mostrado activo, decidido, de concepciones claras, y había trabajado con ahínco y notable éxito para dar nuevo lustre al tan decaído imperio alemán. Esto en cuanto á la pérdida directa; mayores fueron las indirectas. No dejando hijo varón, tocó la sucesión del trono imperial á su hermano Cárlos, el único Habsburgo que quedaba, y que fué llamado de España con urgencia por los ministros austriacos.

Esto cambió todo el aspecto de la cuestión, porque de ningún modo podía convenir á las dos potencias marítimas, ni á ninguna otra, que se reuniese la gran monarquía española á los estados hereditarios del Austria y al imperio alemán, aglomeración de que habría resultado una monarquía mucho mas poderosa que la del emperador Cárlos V, pues que á la sazón comprendía también toda la Hungría y la Transilvania conquistadas á los turcos y estos además habían quedado reducidos á la impotencia. No se ocultaron al gobierno inglés todas estas consecuencias y por lo mismo propuso para rey de España y de sus Indias al duque de Saboya, indemnizando á la casa de Austria con Milan, Nápoles y Sicilia. Esta combinación conciliaba todos los intereses (3), porque evitaba el establecimiento de los Borbones en el trono de España; pero por desgracia no gustó á Cárlos, tanto que si él hubiese tenido que elegir entre el trono de Viena y el de Madrid, se habría decidido por este último, porque su carácter grave, melancólico y ultra-católico simpatizaba mucho mas con España que con la índole germánica de su patria; de manera que retardó todo lo que pudo su partida de España, á pesar de las instancias apremiantes del ministerio austriaco y de los aliados. En vista de esta demora no titubeó el ministerio inglés, y probablemente tampoco el gobierno de Holanda, en hacer cuanto antes la paz con Francia sacrificando una parte de los intereses y reclamaciones austriacas.

De semejante modo de proceder no puede culparse al ministerio tory de entonces, porque era evidente que esta conducta estaba de acuerdo con el interés de Inglaterra, su país; lo que hubo de oprobioso fué la manera oculta y traidora con que Oxford y Bolingbroke (Harley y Saint John) realizaron su plan sacrificando indignamente á sus aliados.

Desde luego se hizo sentir esta nueva disposición de los gobiernos inglés y holandés en la campaña del año 1711, que ya no llevó el impulso que habría convenido.

exhortado á que no diera lugar á derramar inútilmente mas sangre, pidió una suspensión de armas por el resto de la noche, prometiendo entregarse al día siguiente si al reconocer el campo veía que aun tenían los españoles en él treinta batallones y cincuenta escuadrones como se le había dicho. Se le concedió el armisticio, y lo aprovechó para retirarse sin ruido aquella noche. En la retirada el guerrillero español D. José Vallejo, notable por sus hazañas en esta guerra, le hizo tres mil prisioneros. (N. del T.)

(3) De los aliados, por supuesto, no de los españoles que no tenían voto en la materia. (N. del T.)

(1) Brihuega fué tomada por asalto, mandado por el conde de las Torres, y cayeron prisioneros los generales Stanhope, Hyl y Carpentier que fueron internados en Castilla. Stanhope aseguró que aquellas serían las últimas tropas inglesas que entrarán en España. (N. del T.)

(2) Rechazó tres veces la izquierda de los españoles y descompuó el centro; pero en cambio su izquierda, mandada por el mismo Starhemberg, fué derrotada por la derecha española á las órdenes del marqués de Valdecañas. Vandoma, creyendo perdida la batalla, se llevó al rey hacia Brihuega; pero entretanto acometido Starhemberg por la espalda y